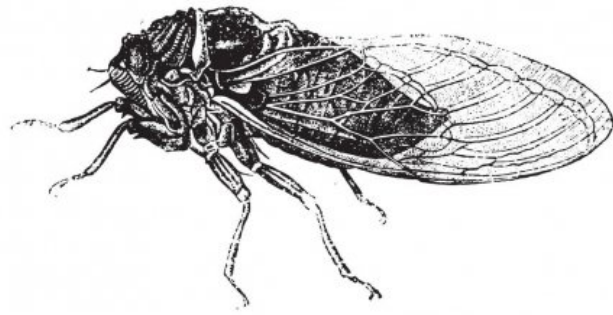


La voz de Cottonhill

Ivan Vionnet



*La voz de
Cottonhill*

Capítulo 1

-Las Cigarras.

Los hombres del bar rompieron en carcajadas, pero el viejo Pat se limitó a contemplar fuego del hogar sin dejar de limpiar el cañón de su rifle.

-Nadie se acerca Cottonhill cuando cantan las cigarras... -Mascullaba el viejo, sin apartar los ojos de las crepitantes llamas.

Hacia unos minutos los muchachos habían comenzado a confesar sus miedos más profundos, y de pronto le había tocado hablar al viejo Pat, que hasta el momento se hallaba aislado en una esquina del salón. Los hombres, en su mayoría recios trabajadores negros del puerto de Nueva Orleans, no tardaron mucho en dejar de reírse para escuchar atentamente. Eran raras las ocasiones en las que el viejo Pat estaba sobrio, y si bien reírse de aquel viejo desdentado que le temía a unos pequeños insectos parecía divertido, los contertulios también se morían por saber algo más de aquel misterioso personaje, que se aparecía religiosamente todas las noches y apenas hablaba (o más bien gemía) al cantinero para pedirle otra botella de ron cuando empezaba a ver el fondo de la que tenía entre los labios.

-Hace veinte años, poco antes de la guerra - Continuo- Un esclavo llamado Teapot golpeo a la puerta de mi choza.

"Durante esa época yo vivía en el pantano. Cambiaba lo que podía cazar para conseguir alcohol y tabaco... Emm... La cosa es que una noche, al abrir la puerta de mi choza me encontré con Teapot. ¡Imagínense ustedes! Un negro arrugado con pelo plateado y ojos blancos como huevos, vestido tal cual uno de esos blancos elegantes que se pasean en coche por la ciudad ¡Ja!.

Iba parado sobre un bote, con otros dos negros, mientras sostenía un farol de aceite justo frente a mi pórtico, que daba al río.

No había viento y el río estaba tan calmo que reflejaba la luz del farol y la de las luciérnagas. Todo lo demás era la boca de un lobo, y solo se escuchaba el canto de los grillos, el croar de las ranas, el ulular de las lechuzas...ya saben, esos ruidos que hacen a la noche de los lugares silvestres...

El negro abrió los ojos como dos platos y dijo:

-Buenas noches, masta. ¿Es usted Jeremiah Patinson?

-Depende...¿Quien lo busca y para que?- le respondí.

-Yo soy Teapot, masta. Negro casero de masta Oswald, Oswald Kingstone. Masta Oswald es el dueño Cottonhill, rio arriba. Masta Oswald lo busca, lo necesita para un trabajo, le pagara bien.

-ah... Dile a tu MASTA que mañana temprano con mucho gusto iré...

-¡Nooo! ¡Masta Oswald lo NECESITA ahora!

- ¡¿Y se puede saber porque el apuro?!- Era tarde y estaba irritado así que levante un poco la voz. Inmediatamente el anciano se arrojó al piso con las manos sobre la cabeza.

-iiiPerdone a Teapot masta!!! iiiTeapot es negro bueno, negro bueno!!!

Estuve apunto de cerrarle la puerta a ese ridículo mamotreto negro en la cara, pero entonces vi de soslayo la damajuana vacía sobre la mesa. Todavía me arrepiento de no haberlo hecho... me arrepiento mucho..."

Por un momento los ojos del viejo Pat dejaron de ver, y sus labios se movieron en falso, dibujando un <si no hubiera> en el aire.

-Hey Pat, no te cortes- dijo uno de los hombres del bar con una pipa entre los dientes y las manos llenas de naipes.

-ha... si, si...

"Tome... Tome mi rifle y subí al bote. Teapot se sentó justo frente a mi en la proa. Se paso todo el viaje mirándome y asintiendo nerviosamente sin dejar de sonreír. Los otros dos eran un mocoso que ni debía tener bello púbico, y un tipo alto como una montaña y brazos tan anchos que hacían ver a los remos del bote como mondadientes. Ninguno de los dos dijo una palabra. Viajamos un par kilómetros al noroeste, hasta que apareció un claro en el manglar y pudimos divisar Cottonhill bajo la luz de luna.

Una mansión impresionante emplazada sobre una colina. Justo debajo, en una planicie junto al rio se encontraban una pequeña plantación de algodón.

Poco después, nos detuvimos un pequeño muelle junto a las casas de los esclavos. Mientras el negro más grande echaba amarras al bote, el muchachito me tendió una mano para ayudar a que me bajara, descubriendo así las marcas de látigo que ocultaba bajo la manga su camisa. Avergonzado, el negrito retiro la mano escondiendo sus cicatrices. Yo no le di importancia. No soy una señorita para que me ayuden a bajar

de ningún sitio. Pero mientras Teapot me guiaba a la mansión, pude ver como el negro más grande regañaba al niño en el muelle.

-Tendremos que dar un pequeño rodeo. Si.- dijo Teapot, siempre asintiendo y sonriendo.

Atravesamos los campos de algodón, subimos por la colina y finalmente entramos al caserón por la puerta de servicio.

Era verdaderamente una mansión espectacular. La fachada estaba pintada de blanco. Por dentro estaba tapizada de rojo con bordados en oro y adornada con platería fina...nunca vi nada igual.

Caminamos a través de un pasillo y subimos unas escaleras hasta una puerta doble de madera y cristal. Teapot golpeo delicadamente la puerta y dijo:

-Masta, traje al cazador, como usted me lo pidió.

-Muy bien, hazlo pasar y vete.- Contesto una voz desde el interior.

Teapot abrió la puerta y la cerro tras de mi.

Oswald Kingstone estaba parado frente a un escritorio mirando por un ventanal mientras sostenía un pañuelo sobre la boca. Llevaba una escopeta al hombro y parecía listo para salir de caza.

- Señor Patinson, tengo entendido que usted esta familiarizado con el pantano. ¿No es así?

-Si, señor. Podría decirse eso pero...

-Señor Patinson- me interrumpió sin dejar de mirar por la ventana- Dos de mis negros se escaparon al pantano esta misma tarde. Necesito que me ayude a encontrarlos y matarlos.

Lo medite unos segundos.

-El pantano es particularmente engañoso de noche, no llegaran muy lejos sin un bote. Podemos salir mañana mismo con algunos hombres y...

-¡No! Saldremos de inmediato e iremos solamente nosotros dos. No confié en estos negros.

-Mire señor Kingstone, no soy muy inteligente, pero hasta yo se que no es una buena idea salir de noche al pantano. Solo el viaje hasta aquí ya fue bastante peligroso. En territorios más agrestes como los que hay aquí cerca, viajar a ciegas, buscando a dos negros en mitad de la noche, es

una locura.

-Por esa razón lo mande a llamar. Usted se ocupara de mantenernos seguros durante el viaje y rastrear a esos dos miserables. Si hace lo que le digo le pagare suficiente como para que nunca le vuelva a pasar privaciones.

Al terminar de decir estas palabras se dio media vuelta, quedando frente a mi. Era un hombre castaño, de unos treinta años, tenía la vista enrojecida y ojerosa. Hablaba en voz queda, sin apartar sus ojos de los míos.

-Mi esposa, Madeleine, murió esta tarde. Uno de esos malnacidos me la quito y no voy descansar hasta que estén pudriéndose bajo tierra.-se acomodó su arma y salió por la puerta. A mí no me quedo más remedio que seguirlo.

Estábamos lejos de la mansión, justo donde la plantación terminaba y empezaba la tierra salvaje. Kingstone se detuvo, señalándome un charco de sangre seca con el farol.

-Le metí un tiro. Pero se escapo.-Ahora su voz sonaba tan fría como el hielo. No dije nada.

Seguimos el rastro de sangre por un rato. Aparentemente desaparecía bajo unos arbustos, pero yo era bueno en lo que hacía, y lo que hacía era cazar. No me tomó mucho tiempo volver a encontrarlo.

... Entonces lloraron las cigarras por vez primera. Un sonido funebre, como si mil gritos se ahogaran en la lejanía...

-¡No! ¡No es cierto! ¡Fueron ellos! ¡Fue culpa suya!-murmuro Kingstone.

-¿Que?

-Yo... yo soy duro con ellos, con los negros. Desde la rebelión... tengo que serlo... debes entender...-Balbuceaba.

-¡Kingstone! ¿De que diablos está hablando?

El hombre miraba a un punto perdido en la oscuridad, pero cuando lo tome del hombro sacudió la cabeza como si lo hubiera despertado de un sueño profundo.

-Lo... lo siento... creí ver...

-¡Por un diablo, hombre! Sé que la está pasando fatal. Pero si vamos a hacer esto, será mejor que deje de soñar despierto. No sé si lo noto, pero

no estamos precisamente saliendo a recoger florecillas.

-Ti-tine razón. Le ruego sepa disculparme. Co-continuemos.

Algo andaba mal con ese hombre. En cualquier otro momento, le hubiera puesto a dormir de un buen puñetazo, pero el tipo era el dueño del único bote con el que podía volver a casa... y en fin, necesitaba la pasta. Así que le di una rápida mirada y como en ese momento lo vi más o menos cuerdo, reanudamos la marcha.

Íbamos solo nosotros dos en la oscuridad del pantano. Apagamos el farol para no alertar a nuestras presas. Cada tanto, nuestros ombligos se hundían en algún estanque escondido por el verdín, o nos veíamos obligados a dar algún rodeo , pero nunca perdimos el rastro.

Eventualmente, vislumbramos a lo lejos la luz de una hoguera. Nos acercamos sin hacer ruido y observamos en silencio. Era uno de los negros que buscábamos.

Se trataba de un anciano medio desnudo que llevaba la cara pintada de blanco. Bailaba alrededor de la fogata, cantando dios sabe que mientras sacudía una especie de sonajero gigante.

“Debe haberse vuelto loco” pensé.

Me voltee para pedirle una explicación a mi compañero, pero Kingstone salio inmediatamente de su escondite y confronto al negro a punta de escopeta.

-¿iDonde esta el otro!?-gritó.

El negro se tiró de rodillas al piso con las manos abiertas y comenzó a hablar en una de esas lenguas africanas de mierda, sin que le entendiera media palabra. No le di importancia porque en ese entonces me pareció que suplicaba por su vida. Me acerqué a Kingstone encañonando al negro.

-¿iDonde está!?-volvió a preguntar.

Entonces escuche una vez más a las cigarras. El negro seguía balbuceando en su lengua, pero esta vez sus ojos se encontraron con los míos. Ahora lo sé. No nos estaba suplicando. Nos estaba advirtiendo.

Kingstone jaló el gatillo y con el estruendo de la bala apagó cualquier otro sonido. Él estaba agitado, con ambas manos firmes sobre su arma. El viejo estaba muerto. Un tiro limpio en el pecho.

-¿Esta bien?-Le pregunte.

- No... este no es el que me arrebató a mi esposa...-dijo entre jadeo y jadeo.

Estuvimos parados allí durante varios minutos, inmóviles, en silencio. Kingstone dio un vistazo a su alrededor.

-Reconozco este lugar...-habló nuevamente- Tengo una idea de donde se esconde el otro...

Muy cerca de la hoguera había un sendero de tierra en mal estado. El rastro de sangre podía verse claramente allí también. Al final del camino, tras las copas de los árboles, se asomaba el blanco campanario de una capilla. Era fácil de ver. La luz de la luna lo hacía resaltar entre la maleza.

-Esta abandonada... Mi abuelo la mandó a construir para nuestra boda. Nunca la usamos de nuevo, porque el terreno es inestable.-tragó saliva.

El edificio entero estaba inclinado hacia un lado, la pintura estaba gastada las plantas trepadoras comenzaban a reclamar sus paredes. Kingstone posó una mano en la puerta y esta se abrió con un rechinido. Esta vez sentí el llanto de las cigarras junto a mi oído.

Un hilo de sangre marcaba un camino sobre el piso de madera. Al final de este, iluminado por un velo mortecino que caía desde un vitral roto, yacía tieso un hombre contra el altar.

- Esta muerto... -pero la atención de Kingstone estaba en otra parte.

Frente a la puerta, había una mujer.

- Cariño... ese negro ya no está... podemos estar juntos... t-todo puede ser como antes...

La mujer no respondía, pero se nos acercaba lentamente y con cada paso que daba, más se oían las cigarras.

-Mi amor... por favor... perdoname... t-tu te lo buscaste... tu te fuiste con él... no me dejaste opción...

La mujer se paró bajo el pálido haz de luz.

Su boca sangraba. Estaba herida. Un tiro limpio en el pecho.

Madeleine estaba a un paso de su marido.

- V-vamos... ven a mis brazos...

Parpadeé.

Cuando abrí los ojos no se veían ni paredes ni naves ni altar. En cambio una tormenta de cigarras, miles o millones se arremolinaban a nuestro alrededor.

Madeleine abrió la boca.

Las cigarras lloraron al unisono.

Un sonido agudo. Un sonido horrendo. Un sonido humano."

El bar estaba tan silencioso como una cripta.

-Teapot y el negro de los brazos fuertes me encontraron a la mañana siguiente. Me dijeron que estaba en el suelo de la capilla, con los ojos cerrados y las manos sobre los oídos. Yo no lo recuerdo bien. De Kigstone, no había rastro.

" Los negros me llevaron de vuelta a mi cabaña. Pero yo ya no podía vivir en el bosque... solo... de noche...

Me mudé a Nueva Orleans. No volví a saber nada de Cottonhill hasta ayer, cuando me encontré con el pequeño esclavo que me ofrecido la mano al bajar del bote. Aunque ya no era ni pequeño ni esclavo, sino un marino hecho y derecho.

Según él, no apareció nadie para reclamar la propiedad y los esclavos tampoco se quedaron a esperar que alguien lo hiciera. Me contó que Teapot encontró trabajo como sirviente para otra familia. Nunca más se supo de él.

El negro de los brazos de mástil, que resultó ser su padre, estaba todavía en buena forma y trabajaban juntos en el puerto. En cuanto a la mansión, se quemó durante la guerra de secesión bajo extrañas circunstancias... Creo que es lo mejor. Así nadie tiene una razón para volver a pisar esa tierra.

Estuve tentado de preguntarle por los detalles de lo que ocurrió esa noche. Sobre el viejo en la hoguera, el negro en el altar y la esposa del señor Kingstone. Pero entendí que eso solo me haría pensar más al respecto. Llevo veinte años pensando al respecto. Ya estoy cansado."

Patinson no volvió a pronunciarse esa noche. El viejo se quedó en su silla favorita, frente a la chimenea, sacándole lustre al cañón de su arma. Nadie le dirigió la palabra. Poco a poco el ánimo fue regresando a la

taberna. Afuera el sol salía y otro día llegaba a Nueva Orleance.